

en vergonzosos errores, en precipicios desgraciados, y lamentables, quando no vayan escoltados de las luces de la verdad, de principios, y fundamentales máximas de la Religión verdadera, y de los documentos de la Filosofía Moral. Siendo, pues, la sabiduría no solo el mas propio, y precioso adorno de la vejez, sino tambien la muralla mas fuerte para contener, y sostener el impetuoso torrente de la fogosa juventud: ¿ como podrá ser sabio un viejo, que no hizo provision de esta Filosofía quando mozo? Por tanto conviene aplicarse á ella con teson en la edad juvenil, si quiere que le sea fiel compañera, y auxiliadora hasta el último momento de su vida. Finalmente si es vergonzoso el no haberse aplicado hasta ahora á este estudio, no lo es ciertamente el aplicarse de aquí adelante á una cosa de tanta importancia.

Sabios, pues, y dichosos aquellos mancebos que con gusto se dedican á aquellas lecciones que pueden serles tan provechosas, no solo para adquirir buena fama, y ser hombres de mérito en esta vida, sino tambien, y mas principalmente para lograr la eterna Bienaventuranza, que es, y debe ser el fin de nuestra carrera. Si con tiempo tomasen por Maestros á la Religión, y á la Filosofía Moral, y aprendiesen sus máximas para practicarlas, lograrán fácilmente, con la direccion de estos diestros pilotos, llegar al mas seguro, y deseado puerto, por ser estos los que trabajan en introducir, y mantener el buen orden en las civiles sociedades, en hacer que brillen nuestros talentos para nuestro provecho, y el de los otros, á fin de que cada uno con tranquilidad, y decencia cumpla en el teatro de este mundo con el destino que Dios le ha dado, y esto baste por ahora.

Para instruirnos en la Santa Religión tenemos los libros divinos de la Sagrada Escritura, y Maestros que nos los expliquen: tenemos las obras de los Santos Padres, y otros devotos Escritores: á estos es bueno,

no, y provechoso el recurrir. El que desee alguna otra tintura de los documentos que puede suministrar la Filosofía Moral, quando no tenga directores mejores, y mas diestros, siga leyendo este discurso.

## CAPITULO II.

*De los principios de las acciones humanas, y primeramente del cuerpo, que influye en ellas.*

## §. I.

**P**ara emprender bien este viage, es necesario desde luego el conocer quales son los principios que influyen en las acciones morales del hombre. Estos son dos, esto es, el cuerpo, y el alma. Por lo que mira al cuerpo, acaso parecerá cosa extraña, que yo me atreva á señalarle por principio de las operaciones morales del hombre, quando es constante, y manifesto, que así las costumbres, como las operaciones, ó virtuosas, ó viciosas de la criatura racional, todas pueden, y deben atribuirse al alma. Pero debe considerarse que el ánimo humano, si no en todo, por lo ménos en gran parte depende de los sentidos, y órganos del cuerpo para sus operaciones. Y ademas el mismo cuerpo, á causa de sus movimientos, sus humores, y espíritus, tiene muchas veces un influxo poderoso en las operaciones del ánimo. Finalmente, en una infinidad de objetos corporeos se encuentra mas poderosa fuerza para mover, é inclinar el entendimiento, y la voluntad del hombre á muchas, y diversas acciones, y pasiones. De aquí se sigue que el cuerpo mismo por sí es instrumento para que el alma conozca otros muchos cuerpos distintos; y por tanto viene á ser en cierta ma-



nera, como un *principio ocasional* de las operaciones morales del hombre.

Esto se declarará con las pruebas; pero no se puede fácilmente comprender, si primero no ponemos los ojos de la consideración (quanto puede extenderse nuestra vista en esta materia) en aquel íntimo comercio que hay entre esta tierra *organizada* que formó la poderosa mano de Dios, y el alma que la vivifica, unida también al cuerpo por la disposición admirable del mismo Supremo Artífice.

Dixe *quanto puede extenderse nuestra flaca vista en esta materia*, porque es forzoso confesar desde ahora con San Agustín, y aun sin hacer mención de San Agustín, la misma experiencia nos hace ver prontamente, que esta misma alma, cuya facultad de conocer se extiende á casi infinitos objetos corpóreos, é incorpóreos, no tiene las luces necesarias para conocerse á sí misma, ó por lo ménos la faltan microscopios para registrar los ocultos rincones, digámoslo así, de su propia esencia. Sin embargo no sabe poco el que sabe quanto en esto puede saberse; pero sin duda será una loca temeridad el querer investigar lo que no se puede saber; así como será un descuido culpable el ignorar lo que ante todas cosas debe saberse.

#### §. II.

NO se duda que es opinión de la Escuela Peripatética, que el alma del hombre *está toda en todo el cuerpo, y toda en qualquiera parte del mismo*, donde á las veces siente dolor, y obra los efectos proporcionados á las varias necesidades, así de la vida, como de las sensaciones, y otras muchas acciones del hombre. Otros son de dictámen, que la propia, y fixa mansion del alma es la cabeza sola, desde donde, como reyna, manda á las demas partes del cuerpo, y adonde recibe continuamente las embaxadas, y obsequiosos tributos de los otros miembros. Cierta es también que muchos de los antiguos juzgaron que el trono, ó asiento propio del alma

ma es el *corazon*, fixando juntamente en él el asiento de la *voluntad* (y en este sentido se toma muchas veces esta palabra *corazon*, y en el mismo la usaremos alguna vez); mas con todo no estamos obligados á seguir esta opinión.

El corazon no es otra cosa que un músculo, ó parte muy principal del cuerpo humano, y uno de los primeros principios, y órganos de la vida del hombre; pero nunca jamás morada, ó albergue, ni del entendimiento, ni de la voluntad del hombre. Al contrario, nosotros francamente podemos determinar, y establecer el asiento mas principal del alma, así para el entendimiento, como para la voluntad, en el *cerebro*, ó en la parte que vulgarmente llamamos *sesos*. Una breve, y atenta reflexión nos hará ver claramente, y aun tocar con la mano, que nuestras consultas, nuestras resoluciones, y pensamientos, todos se fabrican dentro de nuestro cuerpo. Ni estamos obligados á juzgar bien fundada la opinión de *Cartesio*, que pone el trono del alma en la *glándula pineal*; ántes nos será permitido el creer como mas verosímil, que el cerebro, segun se ha explicado arriba, sea habitación propia del alma, donde ella exercita todas sus operaciones, como el aprehender, dividir, y combinar varios objetos: en una palabra, el *pensar*, y el *querer*; y que desde allí arregla todos aquellos movimientos del cuerpo, que están sujetos á su jurisdicción; porque hay otros que dependen del cuerpo solo, y son necesarios á él como vegetable, y sensitivo, los cuales se hallan en el hombre, y en él mismo se excitan, sin que los regule, ni dirija el alma, y aun contra lo que ella quiere.

Ahora demos una ojeada á este *cerebro*, baxo cuyo nombre entiendo yo así el *cerebrum*, como lo que llaman los Anatómicos *cerebellum*. Hállase compuesta esta parte de una materia tierna á manera de cera blanda, dividida en muchas glándulas, que pueden llamarse, y yo llamaré *celdillas*, bien distribuidas, y cubiertas con la



la meninge, ó pia madre, con sus fibras, y venas repartidas con bella economía, cada una en su propio lugar, varias membranas, tegumentos, y huesos, que sirven como de murallas, y bastiones á la eminente fortaleza donde reside el alma. No ignoro que muchos antiguos han delineado en este recinto diversos quarteles, alojando en uno la *primera aprehension*, en otro el *sentido comun*, en otro la *fantasia*, y en otro la *memoria*, &c. Pero han ideado esta division con aquellos mismos fundamentos, y autoridad con que hicieron en aquellos tiempos la division de los Cielos, adaptando á las estrellas varias figuras, dándole al fuego su propia esfera, y formando, segun sus caprichosas ideas, cosas imaginadas, pero nunca vistas. Por tanto será mas simple, y acaso se acercará mas á lo verdadero el modo con que los modernos Filósofos explican el admirable comercio que hay entre el cuerpo, y el alma unidos, y con el que exercitan aquellas funciones, que en su creacion les señaló el sapientísimo Arquitecto que los hizo.

## §. III.

Obsérvase en la delicada, y artificiosísima máquina del cuerpo humano, que están tan bien ordenados, y repartidos en ella los nervios, como lo están las gúmenas, y demas cordage en un navío bien equipado, y dispuesto: unos son macizos, y gruesos, otros sutiles, y delgados, y otros sutilísimos, los cuales, ó ya separados, y sueltos, ó ya unidos los pequeños á los grandes, mantienen una correspondencia estrecha, y continua entre el cerebro, el corazon, y los sentidos, ó sensorios del cuerpo humano. Tienen ademas de esto dos officios; porque, ó ya sea á la impresion que hacen los cuerpos externos, mediante la sensacion, ó bien á la menor insinuacion del alma, forman estos el vario movimiento de las membranas, y conducen al cerebro, que es el asiento del alma, todo quanto se presenta á los sentidos, suministrando al alma misma el modo de conocer

cer los objetos exteriores, sus diversas figuras, movimientos, y qualidades. Todo esto sucede así, porque una parte de estos nervios con uno de los extremos va á terminar en los ojos, en los oidos, en las narices, ó en la lengua; y la otra parte, bien sea por la medula espinal, ó por otros conductos, va á terminar en el corazon; y esparciéndose por todo el cuerpo por diversos canales, ó filamentos, vienen á terminar no solamente en las manos, que son el sensorio principal del tacto, sino tambien en la cutis de los demas miembros, por no hablar de su comunicacion á las otras partes del hombre.

De aquí se infiere, que todas las cuerdas, y nervios de la máquina corporea del hombre, ó mediata, ó inmediatamente, van á terminar dentro del cerebro, llevando allí todas las noticias de quanto los objetos externos han estampado en nuestros sentidos. Como se hace esta maravillosa maniobra, y como exerza este magisterio nuestra alma, lo explican difusamente los Anatómicos mas famosos, y principalmente ántes que todos el célebre Modenés Gabriel Falloppio, y despues los famosos Malpighi, y Willis. Yo solamente insinuaré aquí aquello que baste para dar alguna idea á los ménos instruidos. Luego que se presenta á nuestra vista algun objeto iluminado, y colorido por medio de la luz, llevan los rayos de esta á nuestros ojos la figura, y colores de aquel objeto, y forman en la retina del ojo una pequeña, pero muy perfecta imágen del objeto mismo. Esta imágen por medio del nervio que llaman óptico, ó de otro modo que han imaginado los hombres sabios, pasa á la region del cerebro, y allí se imprime.

No se comprenderia fácilmente esta ingeniosísima pintura (si así puede llamarse), y el modo con que se comunica, y penetra hasta el mismo gabinete de nuestra alma, si el arte, que quiere imitar la naturaleza, no nos hiciera ver el mismo efecto en lo que llama-



mamos cámara óptica; cuyo tubo, ó cañón armado de vidrios, ó cristales, y presentado á la vista de una torre, un palacio, jardín, ó plaza, viene á formar en un espejo en un aposentillo obscuro la imágen pequeña, pero perfecta, de aquel objeto que está distante. Del mismo modo el sonido de las palabras, ó el ruido que cerca de nosotros hacen otros cuerpos, moviendo, y modificando el ayre, va luego á herir el delicado tímpano de nuestros oídos. Estámpase esta modificación en los nervios, que del tímpano terminan en el cerebro, y por su medio se imprime allí, bien que de un modo incógnito, una idea del sonido de las palabras, y de los cuerpos mismos. Esto mismo á proporcion sucede en la lengua, y el paladar, los que por el conducto de sus nervios comunican al cerebro las varias qualidades del sabor, y lo mismo executan las narices con los diferentes olores.

Por último, que desde las manos, y la cutis, que cubre lo demas del cuerpo, pase al cerebro una idea del calor, del frio, de lo suave, y de lo áspero, y de otras diversas qualidades, y modificaciones que se hallan en los cuerpos externos, lo acredita, y enseña la experiencia, y todo Filósofo juzga que esto se hace por medio de los filamentos, ó cuerdas de los nervios, que van á terminar en el dicho cerebro; pero en quanto á la presteza, y velocidad con que esto se hace, aunque no pueda declararse con certeza, puede conjeturarse, y explicarse competentemente, siguiendo la opinion de algunos Filósofos modernos, que se explican diciendo, que así como una cuerda bien tirante, y extendida en una harpa, ú otro instrumento, quando es herida en uno de sus extremos, inmediatamente se resiente la percusion en el otro; del mismo modo pasa el mecanismo entre los nervios, y el cerebro; de manera, que herido un extremo con el tacto externo de otro cuerpo en alguno de los sensores, segun se ha explicado, ó por medio de la cutis que cubre el cuerpo á que están unidos los filamentos, ó cuer-

das

das de los nervios, inmediatamente, y sin tardanza alguna es llevado este movimiento, ó configuración al otro extremo del nervio, que termina, y está unido al cerebro; y mediante este aviso, sabe, y se informa nuestra alma (que tiene allí su principal residencia) la modificación del cuerpo extraño, ú objeto que le toca. Si no es que digamos, que los espíritus animales, que segun la opinion comun se forman de la mas pura sangre del hombre en el mismo cerebro, son aquellos velocísimos correos, que caminando por la cavidad, ó canal de los nervios, dan fuerza á los músculos, mandándolos al mismo tiempo que muevan los miembros, y recibiendo juntamente con el tacto las impresiones de los cuerpos extraños, llevan con presteza suma estas noticias al alma, imprimiendo en el cerebro aquella modificación misma que en ellos se habia impreso ántes.

## §. IV.

MAS como quiera que esto suceda, aunque ignoremos el modo de tan admirables operaciones, no podemos dudar de ellas, enseñándonos la experiencia, que á la region del cerebro son conducidas todas las nociones, ó conocimientos, las trazas, las imágenes de tantas acciones, figuras, qualidades, movimientos, palabras, sonidos, y modificaciones de los cuerpos que están fuera de nosotros, y allí se imprimen con tan buen orden, y con tanta fuerza, que aun despues que se han ausentado de nosotros, ó desvanecidos aquellos objetos, aun en cierta manera los tenemos presentes, por estar impresos, ó pintados en la blanda masa de nuestro cerebro, ó sesos, mediante la especie que allí esculpieron. Admirable por cierto es este laboratorio, ó taller formado por la omnipotente mano del Criador. No puede negarse esta verdad al contemplar que de casi infinitas cosas físicas, que registran nuestros sentidos, se forma un compendio, breve á la verdad, pero invisible, é insensible, que sensiblemente se va á aposentar en el pequeño recinto de la cabeza del

Tom. I.

C

hom-



hombre, adonde llega con gran presteza, y se estampa muchas veces con una tenacidad maravillosa.

Debe tambien causar gran maravilla el que se haga todo esto sin que una imágen se confunda con la otra ordinariamente, y que un número casi infinito de ellas quede bellamente ordenado, y dispuesto en el cerebro humano, el qual formó el supremo Artífice de tal modo, que ni fuese tan duro, que no pudiesen esculpirse en él las imágenes de los objetos externos, ni tan blando, que no pudiesen durar impresas en él mismo por algun tiempo. Pongámonos á considerar la cabeza ó cerebro de un hombre sabio, verdaderamente erudito, y dotado de gran memoria; y si podemos, detengamos la admiracion, y el pasmo. Hállanse allí los elementos, y vestigios de su idioma nativo, y acaso los de otros idiomas extrangeros, que por de contado llevan consigo millares de voces, y palabras distintas, y diversas las unas de las otras. Hállanse igualmente impresas allí las imágenes de innumerables acciones, así privadas, como públicas; de innumerables personas, lugares, animales, qualidades, y circunstancias; y si sabe la Geografía, crece sin medida el número de los lugares, montes, rios, mares, &c. Si ademas de esto es grande Historiador, no puede decirse la extraña multitud de tiempos, de hombres que vivieron en los pasados siglos, y de acciones inconexâs, que con sus especies se unen en el interno gabinete de este hombre.

Auméntase este erario incomparablemente mas quando este hombre mismo haya adquirido el conocimiento de los innumerables objetos que comprehenden las diversas artes, y ciencias que hay en este mundo. Todo este infinito de imágenes, para explicarme así, aun quando nos las figuramos muy pequeñas, por ser de cosas materiales, deberia cada una pedir su propio nicho, ó lugar donde colocarse; y en este caso seria necesario un campo, y receptáculo dilatadísimo, porque de otra manera la una deberia echar fuera, y borrar la otra.

Po-

Podemos muy bien escribir en poco papel un discurso, ó razonamiento; pero si en este mismo intentásemos escribir qualquiera otra cosa con distintas palabras, ó se pierde lo ántes escrito, ó se confunden uno, y otro.

No sucede así por lo comun en el cerebro humano, que aunque es sitio reducido, y estrecho, está lleno de innumerables lineamentos, impresiones, ó retratos de objetos fisicos, y todos sin trabajo, ni fatiga nuestra van á colocarse donde les toca; y de una vez puestos en su lugar, conservan muchas veces este sitio por mucho tiempo, sin que por lo comun haya ruina, ó disension entre ellos, y sin que se les cierre la puerta á otros muchos, que quieren alojarse en el mismo quartel. En cuya consideracion es muy debido que exclamemos, y digamos: Admirable es Dios en sus obras: admirable en la diversidad de tantas, y tan diferentes criaturas animadas, é inanimadas, grandes, y pequeñas, que su poder inmenso ha criado en este mundo; pero mucho mas admirable en la construccion de la máquina del cuerpo humano, y especialmente de la cabeza, ó cerebro del mismo cuerpo; y por tanto es un necio el que no conoce, y no cree en Dios: ignorante mas que los troncos, y los brutos el que no lee, ni adora en tan maravillosas criaturas el Omnipotentísimo Criador; y será sin comparacion mas necio, si llegase al extremo de locura de creer, que tanta variedad de obras naturales, que con tan admirable perfeccion, y buen orden se ven en este gran teatro del mundo, puedan ser efectos de la contingencia, y acaso, sin intervencion de una mano maestra, acompañada de un infinito poder, y sabiduría.

## §. V.

Hasta aquí ha sido mi intencion el hablar solamente de las imágenes de las cosas materiales, y sensibles, que pueden juntarse en el admirable emporio del cerebro humano. Pusieron los antiguos la *fantasia*, ó sea *imaginacion*, en una parte de este cerebro. Segun

C2

10



lo dicho hasta aquí, es muy verosímil que esta fantasía sea el mismo cerebro, que recibe todas estas imágenes, ó lineamentos, y está fecundado de tan grande, y copioso número de ideas de los objetos físicos, y sus qualidades. Ni es necesario el reducir esta fantasía á un solo, y determinado sitio de la cabeza. A mí me parece que toda la masa blanda del cerebro constituye, y abraza á la dicha fantasía, porque toda ella está compuesta de la misma materia blanda, dividida mediante una sutilísima tela, ó meninge, en tantas celdillas, ó aposentos, dentro de los quales van á fixarse, y colocarse las imágenes que reciben los sentidos, y que son conducidas allí mediante los nervios, como ya hemos dicho; y de estas imágenes, unas mas, y otras ménos, á medida de la mayor, ó menor impresion que hacen los objetos en los sensorios del hombre, se fixan en aquellas celdillas, y excitan, y mueven pasiones diversas.

Solamente podria acaso imaginarse otro distinto sitio para cada una de las imágenes de cada uno de los sentidos (séame lícito el usar de esta voz *imagen*, para significar todas las trazas, ó ideas que nos entran por los sentidos); de manera, que aquellas que pertenecen al sentido de la vista, por exemplo, ocupasen la parte que corresponde á los dos nervios que parten desde los ojos, y así á proporcion de los demas sentidos. Pero no pudiendo los ojos, ni la mano de los Anatómicos mas atentos discernir el hilo mas mínimo de esta delicadísima tela, porque todo lo descubierto hasta aquí no ha pasado de las partes mas gruesas del cerebro; por tanto importan, y sirve poco el idearse mas bien este modo que el otro para colocar la fantasía, ó los fantasmas en este, ó el otro sitio de la cabeza: lo que basta por ahora á nuestro intento es el pasar estas imágenes á la region del cerebro, y darles allí su alojamiento propio, segun nos lo enseña la experiencia que tenemos, ó podemos tener todos, como se verá mas adelante.

Ade-

Ademas de las mencionadas imágenes, que producen las cosas físicas, y sensibles, se halla en el hombre otra clase de imágenes, que podemos llamarlas ideas, y estas tambien en copiosísima abundancia, y de una extension prodigiosa. Estas son las imágenes intelectuales, que no provienen de los sentidos, ni se componen de la materia, sino que solamente las forma nuestra alma para objetos puramente espirituales, muy diversos de lo que es materia, y por tanto las llamaremos imágenes espirituales. Forman esta clase todos los pensamientos del hombre, sus precisiones, abstracciones, distinciones, máximas, juicios, axiomas, definiciones, ó razones de las cosas, sus relaciones, y universales, los racionios, las ciencias, y otras muchas operaciones, conocimientos, y conceptos del entendimiento humano. Y si es objeto digno de admiracion, y pasmo este reyno material fabricado por el mismo Dios, donde se hallan tantas, tan bellas, y distintas criaturas como vemos sobre el haz de la tierra, ¿quanto mas debe excitar nuestra admiracion la consideracion de este otro reyno espiritual, obra prodigiosa, y aun el mayor prodigio que ha obrado el mismo Artífice Soberano? Ciertamente es que esta maravilla es ménos atendida, y entendida del vulgo; pero no por esto dexa de ser bien conocida, alabada, y admirada de todos aquellos que mas emplean en su contemplacion los ojos del entendimiento, que los del cuerpo.

Tienen tambien los brutos su fantasía: tienen sus sentidos, y nervios, que igualmente conducen á su cerebro las especies de los objetos corpóreos; y aunque esta imaginativa sea entre ellos muy diversa, por causa de la diferente organizacion de sus respectivas cabezas, adquiriendo, y conservando algunos de los mas industriosos muchas, y otros menos especies de los cuerpos externos; y no obstante ser mas ingeniosa, delicada, y muy diversa la fábrica, y contextura de la cabeza, ó cerebro humano, que el de los brutos, y aun mayor el cerebello, ó sesos de un hombre, que los de

Tom. I.

C 3

un



un buey, ó un elefante; con todo tienen también los brutos, como los hombres, lo que el Criador ha fabricado, y puesto en ellos; esto es, sentidos, ó sensorio, nervios, y cerebro, ó cabeza, y de consiguiente fantasía; y hay muchos entre ellos que exceden notablemente á los hombres en la perspicacia de la vista, en la vivacidad, y delicadeza del oído, y en la fuerza del olfato.

Pero con todo hay entre los brutos, y el hombre una diferencia casi infinita; porque todo el capital de aquellos es de objetos, y especies materiales; esto es, de imágenes que producen los cuerpos, y que llevan, ó conducen los nervios á la interna region de sus cerebros; quando el hombre, además de excederlos casi infinitamente en esta linea de imágenes sensibles, tiene también, ó puede tener en sí otro emporio no menor, y mas precioso de pensamientos, imágenes, é ideas, no ya sensibles, y corporeas, sino espirituales, y exéntas de toda materia.

También pido aquí licencia de llamar *imágenes* á todas estas cosas, aunque no deban llamarse así hablando con propiedad. Esta numerosísima clase de ideas, ó imágenes, que en la tierra solamente convienen al hombre, son las que forman el reyno racional del hombre, produciendo efectos tan admirables, y diversos para entender, tratar, y separar delicadamente con sus discursos, no solamente las cosas materiales, y terrenas, sino también las celestiales, espirituales, y divinas, como son Dios, y los espíritus, el tiempo, las razones universales de las cosas, con sus relaciones, y propiedades. Sirvese también de ellas para inventar, procurar, y conseguir tantas comodidades, adornos, y delicias del cuerpo: para gobernar pueblos, manejar artes, tratar ciencias, y aun otras muchas cosas con raciocinio, sutileza, é ingenio. Y siendo cosa cierta que dentro de nosotros mismos tenemos una grande abundancia de estas ideas espirituales; y no siendo posible

que

que un principio puramente material pueda producir acciones espirituales, como ni un sugeto todo material ninguna cosa que no sea material; de aquí podemos pasar ahora al conocimiento de la esencia espiritual de nuestra propia alma.

## §. VI.

**A**hora conviene que nosotros busquemos un asiento á estas imágenes intelectuales, ó espirituales, la que también recibimos de otros hombres, ó las formamos en nosotros mismos, mediante el raciocinio; y de unas, y otras conservamos, ó podemos conservar memoria, como de las otras imágenes sensibles. Podíamos citar algunos Filósofos, que colocan estas imágenes en la misma memoria, que ellos creen, y llaman una de las tres potencias del alma. Pero yo quiero que á mí se me permita el decir, que no hay necesidad de buscar á estas ideas espirituales un alojamiento distinto del que sirve para las ideas materiales, y sensibles. Me parece que el mismo cerebro, y fantasía en que se alojan las unas, pueden tener su posada las otras: no porque lo incorporeo, ó espiritual pueda imprimirse en lo corporeo por sí mismo, siendo cosas muy diferentes, é inconexas la materia, y el espíritu; ni puede ser que lo que carece de partes extensas, como es el espíritu, pueda pegarse, digamoslo así, ni unirse á la cantidad que tienen dichas partes, sino porque dichas imágenes se imprimen, ó pueden imprimirse en el cerebro humano por medio de signos, ó señales sensibles.

Como se hace, ó puede hacerse esto, fácilmente nos lo enseña, ó puede enseñarlo la experiencia que tenemos en una invencion admirable del ingenio humano. Y á la verdad ¿que otra cosa es el escribir en un papel, que dar cuerpo, digamoslo así, á nuestros pensamientos, y pintar, y hacer visible aquello que por su naturaleza no se contiene en la esfera de la vista? Esto,

C4

que



que con propiedad puede llamarse imprimir nuestros conceptos espirituales en una superficie corporea, como puede discurrirlo cada uno, no se hace pegando, ó imprimiendo en el papel nuestros mismos pensamientos, porque esto no es posible; ni tampoco se imprimen las palabras, porque no puede tener efecto que el sonido de una voz, ó el ayre modificado en que consiste la palabra, aunque sea, como lo es, una cosa material, pueda pintarse, ni dársele consistencia sobre un papel. Hácese, pues, esta maniobra maravillosa imprimiendo sobre el papel con buen orden, y concierto ciertas señales sensibles, y materiales, que llamamos *letras, ó caractéres*. Estos son para nosotros indicios, ó señales de las palabras, y las palabras son signos, ó bien de los conceptos intelectuales ajenos, ó propios.

Lo mismo sucede en la Algebra, y Matemática, que con varias líneas, números, y otras señales, que ha inventado la industria humana, nos pintan, y hacen en cierto modo sensibles tantos conocimientos, y verdades ocultas espirituales, y intelectuales. Además de esto, nosotros mismos por medio de las palabras que pronunciamos, llevamos, y como que transportamos á la fantasía de quien nos escucha los conceptos de nuestra mente, y del mismo modo recibimos en nosotros, ó en nuestra fantasía los de aquellos que nos hablan: de modo, que todo este mutuo comercio se tiene, y mantiene por medio de signos, ó señales sensibles, que estampadas en nuestra fantasía, dan á conocer á nuestra alma las cosas insensibles, y espirituales, significadas por ellas.

Finalmente, después que allá en nuestro interior meditamos, ó formamos los pensamientos, ó ratiocinios, y otras imágenes abstraídas, y separadas de toda materia, nos servimos de las palabras; no ya de las externas, y pronunciadas, sino de las internas, que conservamos en el depósito de nuestro entendimiento, grabándolas después en la fantasía; y son las señales ma-

te-

teriales que indican, y hacen recapacitar á nuestra alma quanto habíamos ántes pensado. Esto nos persuade suficientemente á que juzguemos, que no obstante que la fantasía, ó cerebro humano solamente reciban imágenes sensibles, y materiales; con todo, atendida su configuración, ó variedad de senos, ó receptáculos, puede también recibir, y conservar las imágenes de los pensamientos, y de otras nociones espirituales: no porque estas se peguen, digamoslo así, á la masa corporea del cerebro, sino porque en él se imprimen aquellas señales, ó caractéres materiales, que registrados, ó leídos después por el alma misma, la representan, y hacen conocer todo lo espiritual de que ántes fueron indicantes, ó signos.

De hecho sucede, que luego que la fantasía se amodorra, y entorpece, ó bien por el mucho vino, ó por alguna enfermedad, vemos que juntamente con ella se desconciertan, así las imágenes corporeas, como las espirituales, que se hallan juntas en nuestra cabeza. Ahora, quando esto sea verdad, como para mí lo es, se sigue ser superfluo, que para las imágenes del reino intelectual del hombre se ponga un receptáculo diverso de la fantasía hasta aquí explicada, y que se le llame *memoria*, bastando para conservar las imágenes, así corporeas, como espirituales, la fantasía misma, que está repartida por todo el cerebro del hombre. Y aunque no admite duda alguna que tenemos memoria, esto es, que nos acordamos de las cosas recogidas en nuestra imaginación (después diremos el como), con todo, no es necesario admitir esta memoria por una de las facultades esenciales, y potencias del alma. Las potencias primarias, y como maestras del espíritu humano, son dos solamente: el *entendimiento*, y la *voluntad*, ó sea el *pensar*, y el *querer*. Pues por lo que toca á las almas separadas del cuerpo, ellas conservarán el conocimiento de Dios, y de sí mismas, y en el mismo Dios leerán lo que les convenga para entender las

372-50